



WALDEN;
OR,
LIFE IN THE WOODS.

By HENRY D. THOREAU,
AUTHOR OF "A WEEK ON THE CONCORD AND MERRIMACK RIVERS."



I do not propose to write an ode to dejection, but to brag as lustily as chanticleer in the morning, standing on his roost, if only to waken my neighbors up. — Page 92.

BOSTON:
TICKNOR AND FIELDS.
M DCCC LXX.

SOCIEDAD Y SOLEDAD.

THOREAU, LECTOR DE ROUSSEAU

Víctor Páramo Valero

RESUMEN

El artículo realiza un análisis comparativo entre *Las ensoñaciones de un paseante solitario* de J.-J. Rousseau y la obra maestra de H. D. Thoreau, *Walden*. El objetivo consiste en explorar la influencia que el primer escrito ejerce sobre el segundo, a fin de advertir cómo en el pensador suizo y en el norteamericano hay un intento de reconstruir la idea de naturaleza mediante su vinculación con el “sí mismo” y con los “hechos vitales”. Ambos pensadores han sido centrales en la historia de la filosofía política por su aportación a la teoría de la sociedad. Sin embargo, como se establece en la conclusión, la vida y la naturaleza son, para Rousseau y Thoreau, categorías asociadas en última instancia a la soledad.

Palabras clave

Naturaleza, sociedad, soledad, *Ensoñaciones*, *Walden*.

ABSTRACT

The article makes a comparative analysis between the *Reveries of the Solitary Walker* of J.-J. Rousseau and the H. D. Thoreau's masterpiece, *Walden*. The aim is to explore the influence that the first book exercises on the second, to see how in the Swiss thinker and in the American there is an attempt to regain an idea of nature through a link with the “itself” and the “facts of life”. Both thinkers have been central to the history of political philosophy for his contribution to the theory of society. However, as stated in the conclusion, life and nature are, for Rousseau and Thoreau, associated categories ultimately to the solitude.

Keywords

Nature, society, solitude, *Reveries*, *Walden*.



*Las ensoñaciones de un paseante solitario*¹ (1782) es el título que da nombre a una influyente obra de Jean Jacques Rousseau publicada póstumamente en la que el pensador suizo continuó el camino iniciado con *Las confesiones* y con los *Diálogos: Rousseau, juez de Jean-Jacques*.

Se ha dicho que las *Ensoñaciones* constituyen uno de los escritos fundacionales del Romanticismo en el campo de la literatura. En esta obra el Rousseau del *Contrato social* se ha diseminado, aun cuando en ella encontremos algunas ideas y argumentos de carácter político. El contenido quedó inacabado y, en su totalidad, había sido escrito para uso propio; su finalidad no era más que la de permitirle al propio Rousseau recordar ciertas experiencias vividas, producto de ensoñaciones, cuando se ausentó temporalmente de la civilización. Como sucede con los *Essais* de Montaigne, Rousseau escribió las *Ensoñaciones* para sí mismo. Ya en las *Confesiones* el objeto de estudio había sido sí mismo, como filósofo y ciudadano. En esta obra realiza un examen de sí a la luz de los constantes ataques sufridos a lo largo de su vida. Rousseau vio como sus mejores obras fueron rechazadas y vituperadas por los propios ilustrados franceses.

El importante cambio de perspectiva que encontramos en sus últimas obras respecto al *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (1755) o al *Emilio* (1762) recibía, pues, el influjo de la experiencia. En el cuarto “paseo” de las *Ensoñaciones* recuerda Rousseau una experiencia traumática acontecida en su niñez, relacionada con la cuestión de la mentira. Plantea la estrecha relación que mantiene esta categoría con el “instinto moral” y la “conciencia”², poniendo el acento sobre su aversión natural a la mentira. En éste y otros paseos vemos al pensador ginebrino aludiendo de manera reiterada no solo a sí mismo mediante nociones que involucran a la naturaleza, sino también a la naturaleza misma, al lago de Saint-Pierre y a la vegetación que lo rodea, cuya descripción detallada expone en diversos párrafos que nos acercan, como hemos indicado, al origen del arte romántico. En dicho origen juega un papel de suma importancia esta idea de naturaleza, que, como veremos, está presente, con un claro arraigo rousseauiano, en la obra maestra de Henri David Thoreau, *Walden*.

“*Walden* es un modo de escribir, de ponerse a «disposición de las palabras», pero también es una Escritura, una forma de aprender lo que la vida tiene que enseñar”³. A. Lastra y J. Alcoriza, autores de los ensayos que acompañan a la más reciente edición de la obra de Thoreau en nuestra lengua, de cuya traducción se han ocupado, nos indican que lo vivido en la cabaña que el pensador norteamericano construyó a orillas de la laguna de Walden era ante todo un *experimento*, reflejado en *Walden* como *experimento literario*. Se trata de un experimento en el que la soledad conduce a la fundación de un nuevo camino hacia la sociedad. El hecho de que las *Ensoñaciones* de Rousseau no hubieran constituido un experimento no nos impide trazar una línea entre ambas experiencias solitarias y experiencias de escrituras basadas en la soledad.

A través de estos dos tipos de experiencia Rousseau muestra a un hombre desterrado de la sociedad, sin vuelta atrás. Contrariamente, Thoreau afirma: “Ahora soy de nuevo un residente en la vida civilizada”⁴. Así termina el primer párrafo de *Walden*, con una contestación implícita a la *Oda al abatimiento* de Samuel Coleridge.

1 Hemos consultado la edición en español de M. Armiño (Madrid, Alianza, 1988). Para facilitar la alusión a esta obra, nos referiremos a ella simplemente como *Ensoñaciones*.

2 *Ensoñaciones*, 65

3 *Walden*, Madrid, Cátedra, 2010⁶ (ed. J. Alcoriza y A. Lastra, las citas corresponderán a esta última edición, la más reciente disponible en castellano).

4 *Walden*, 61.



ge; la contestación explícita aparece en el frontispicio de la obra. La soledad en Thoreau no es concebida como fin en sí mismo. En Rousseau, en cambio, soledad y sociedad se quiebran como tramos de un mismo camino. La soledad de Thoreau en la naturaleza le condujo a la plenitud de la vida misma, generando con ello un nuevo rostro para el orden social.

El ensayo rousseauiano es solo original en cuanto a la magistral reflexión sobre la soledad que nos ofrece. Que el experimento de *Walden* no tenga precedentes –salvo esa inspiración que supone Rousseau– se debe a que la salida a la que apunta no es el ir de lo social a su extremo a fin de concluir en éste: tal movimiento es una parte de la constitución de lo social. La filosofía de la naturaleza de Thoreau se encuentra en el fondo de su teoría de la sociedad; de ahí que el experimento de Walden no sea comprensible sin una elevación de la naturaleza a lo que es supremo en la vida del hombre. Pero esta vía había sido abierta ya en las *Ensoñaciones*, a pesar de que el punto de llegada en esta obra sea distinto. O eso es, al menos, lo que vamos a tratar de mostrar.

1. LAS ENSOÑACIONES: NATURALEZA, AUTENTICIDAD Y SOLEDAD

En las *Ensoñaciones* no encontramos un tratamiento directo de la idea de naturaleza, al modo en que lo haría un ensayo cuyas páginas estuvieran dedicadas a comprenderla. Sucede, más bien, que Rousseau hace uso de esta idea sin haber determinado explícitamente un significado, aunque pueda comprenderse, ciertamente, de manera unívoca.

¿Quién puede ser el destinatario de una obra cuyo contenido es uno mismo? Si bien Rousseau advierte que su obra ha sido escrita para su propio regocijo, no se evade completamente de la sociedad que le rodea. Se trata de un relato en primera persona que, construido a partir de lo sucedido en tiempos pasados, reconstruye el presente e incluso se adelanta al porvenir.

Las ensoñaciones, para Rousseau, suponen una ausencia del sí mismo respecto al mundo. Con ellas pretende quedar a resguardo de las impurezas de la sociedad. Esta evasión lleva aparejada el hecho de que el sí mismo y la sociedad constituyan opuestos irreconciliables; ambos son extremos, polos que, como imanes, no pueden llegar a estar completamente juntos. Rousseau concibe entonces a la soledad que conduce a la ensoñación como una abertura hacia un orden más armónico que el social, donde estaría libre de la degeneración que le acompaña. Este orden armónico se comprende en términos de un *orden natural* hacia el que la huída supone la concordia del sí mismo con el sí mismo, la cual es inexistente en sociedad. “No estoy en mí más que cuando estoy solo. [...] No veo más animosidad en los rostros de los hombres, y la naturaleza me sonrío siempre”⁵. En el orden social lo que prevalece es la discordia interna de los individuos, la discordia entre el sí mismo y lo que constituye su “yo social”. Rousseau comprende entonces que ese sí mismo contiene un carácter natural, esto es, un carácter disociado de lo social. Cuando el individuo queda libre de la corrupción a la que avoca lo social, puede iniciar la senda que lleva al sí mismo, a un orden en el que el sí mismo aparece tal cual es. La evasión y la ensoñación suponen de este modo un auténtico refugio del sí mismo en lo natural.

Al querer escribir las experiencias vividas en sus ensoñaciones, el pensador ginebrino encuentra dificultades para no volver a caer en ellas y quedar impedido para relatarlas. Sin embargo, cuando lo consigue, expone entonces el sí mismo *natural* al orden social que le rodea. De ahí la paradójica circunstancia en que se hallan los destinatarios de las *Ensoñaciones*: son negados desde el primer momento, en tanto que constituyen lo que carece de armonía, naturaleza.

⁵ *Ensoñaciones*, 150.





No causa extrañeza que el pensador ginebrino comience las *Ensoñaciones* aludiendo a la necesidad imperante de alejarse de la sociedad; de no haber dejado de ser hombres, afirma, los “habría amado a pesar de ellos mismos”⁶. La cuestión que se impone resolver es en qué consiste ser hombre sin estar ligado a otros hombres. Rousseau, sabiéndose perseguido por sus contemporáneos, se evade de todo lo que éstos han tejido, del mundo que han construido en base a ellos mismos como seres incapaces de amar. Sirve también a modo de símbolo el título de la obra de Rousseau: el relato de las *Ensoñaciones* como un relato de imágenes de un hombre que ha quedado aislado, sin más remedio que alejarse de quienes lo habían anulado. “Helos ahí ahora, extraños, desconocidos, nulos al fin para mí puesto que lo han querido”⁷. El tiempo transcurrido en el “exilio” queda cercado por los relatos de las propias ensoñaciones, que sitúan a las connotaciones sociales del destierro como el extremo del que Rousseau se va separando.

Rousseau nos dice, como hemos apuntado, que escribió las *Ensoñaciones* con el objeto de que pudieran ser leídas por él mismo; trataba con ellas de poseer un camino directo hacia el estado de ánimo en que se sumía en las ensoñaciones que relata. Estas ensoñaciones son, pues, un modo de evasión. Su lectura, una vez han sido escritas, cumplen con la misma función. “Cuando, incapaz de las operaciones del espíritu necesaria para tranquilizarme a mí mismo, necesito acordarme de mis antiguas resoluciones”⁸. Las ensoñaciones están escritas para salvaguardarse a sí mismo de caer constantemente en el abatimiento. Las *Ensoñaciones* no son el resultado de un triunfo de Rousseau en soledad frente a la sociedad; si bien la soledad vence, es una victoria que constituye ante todo el reconocimiento de la imposible reconciliación con la sociedad. Es el punto final que cierra definitivamente el camino a las posibilidades que en algún momento hubo respecto a un encuentro feliz entre el hombre que se aísla del insoportable murmullo de sus semejantes para encontrarse a sí mismo y el hombre que realmente convive socialmente.

El abatimiento es el último tramo que instituye la imposible vuelta atrás; y cuando éste se vuelve constante, el recuerdo del contenido de las ensoñaciones vividas se vuelve a su vez liberador de todo sufrimiento. Rousseau recupera a través de la lectura privada de esos relatos la confianza en sí mismo, se recupera a sí mismo, vuelve en sí, cuando el abismo en que le sume el abatimiento le impide hacerlo. Son un recurso vital contra el abatimiento. “Los cuidados, la atención, la sinceridad de corazón que puse al adoptarlas, retornan a mi recuerdo”⁹. Este recuento consigo mismo es una restauración de un orden aislado del social; recobra a través de las añejas ensoñaciones la armonía, la cual se identifica con el orden original: “todo debe al fin volver al orden”¹⁰.

Pero también en la propia experiencia de la ensoñación encuentra Rousseau un camino hacia su yo natural. Al dejar libre el flujo de pensamiento y entregarse a la realidad generada por la ensoñación, torna a ser quien verdaderamente es. El camino de la interioridad es en Rousseau el camino hacia la recuperación del yo natural. La soledad se convierte en la única vía a través de la cual “soy –nos dice– plenamente”¹¹.

Su propósito al narrar las ensoñaciones es, como hemos indicado, hallarse a sí mismo, conocerse a sí mismo, saber quién es, encontrarse a salvo de lo que le impide ser sí mismo. La sociedad es el mayor de los obstáculos para conseguirlo. Solo el estado en que

6 *Ibíd.*, 27.

7 *Ibíd.*

8 *Ibíd.*, 62.

9 *Ibíd.*

10 *Ibíd.*, 47.

11 *Ibíd.*, 36.

le sume la ensoñación cerca un espacio para el recuento consigo mismo, pudiendo entonces afirmar que “verdaderamente soy lo que la naturaleza ha querido”¹².

Desde que el exterior se había vuelto extraño para él, la soledad se convirtió en el estado superior; ningún otro estado contenía las retribuciones que buscaba Rousseau con respecto a los daños sociales. Separado de sus padres desde su niñez, veía en su estado de vejez la confirmación de la absoluta permanencia de estos daños en su vida: “cuanto me es exterior me es extraño”¹³, nos dice. El hecho de no ocupar lugar alguno entre los hombres significa que jamás ha habido “relación real, ni verdadera sociedad”¹⁴. Las *Ensoñaciones* son concebidas por el propio Rousseau como una “oda al abatimiento”, al modo en que reza el título del poema citado de Coleridge.

En el quinto “paseo” de la obra Rousseau narra su estancia en la isla de Saint-Pierre, en la que se había refugiado tras haber sufrido un ataque por parte de algunos de sus enemigos. Durante el breve periodo de tiempo que permaneció en dicha isla pudo recobrase de los males sufridos. En la isla vivía de manera tan aislada que pudo, durante aquel tiempo, olvidar su vida en la sociedad e incluso, de haber permanecido en ella hasta el día de su muerte, sus adversarios habrían dejado de mancillar su nombre. Allí la naturaleza constituía el refugio de Rousseau; pasaba las mañanas observando y describiendo las distintas especies de plantas que encontraba en sus expediciones. Rousseau nos lleva entonces a un punto muy relevante de las *Ensoñaciones*: el (re)encuentro con la naturaleza constituye la salida a la intrínsecamente problemática dimensión social del hombre.

Rousseau relata cómo fue la naturaleza la que sirvió a modo de amparo cuando quedó aislado en aquella isla. La incomunicación, lejos de suponer un perjuicio, constituyó la salida con la que durante tantos años había soñado. En el quinto “paseo”, de importancia capital, el pensador ginebrino expone su primera experiencia como botánico. Su pasión por las “flores y hierbas” supuso la vuelta a sí mismo; encontró el “sentimiento de la existencia”, como él mismo indica, que había perdido en la vida en la ciudad. Si bien resulta posible que la ensoñación sea experimentada en sociedad, su profundidad es incomparable cuando sucede en contacto con la naturaleza (en el bosque, en el lago, etc.). Así las cosas, los paseos de Rousseau en la citada isla le sumían en un estado inalcanzable en su problemática vida en sociedad. En las situaciones en que se veía envuelto en sus paseos, rodeado de la naturaleza, no gozaba de nada exterior a sí mismo; “de nada sino de sí mismo y de su propia existencia”¹⁵. Con su barca se dejaba llevar por la corriente del agua del lago, lo cual le proporcionaba un aislamiento natural. “Siento éxtasis, arrobamientos inexpresables al fundirme, por así decir, en el sistema de los seres, al identificarme con la naturaleza entera”¹⁶. En medio de sus ensoñaciones, de las que disfrutaba en esta barca, “asimilaba todos aquellos objetos amables”¹⁷, aquellos objetos que componían el paisaje salvaje. Rousseau identifica en este punto el ser devuelto a la naturaleza con el ser devuelto a sí mismo; es la ensoñación la que le permitía esta doble restitución, que se fundía en un mismo todo¹⁸. Sus constantes retiradas al campo, una de vez de vuelta a la ciudad, representaron sin duda su deseo de haber permanecido en aquella isla hasta el final de sus días.

12 *Ibíd.*

13 *Ibíd.*, 32.

14 *Ibíd.*, 33.

15 *Ibíd.*, 92.

16 *Ibíd.*, 111.

17 *Ibíd.*, 94.

18 A continuación de la afirmación citada más arriba, concluye Rousseau: “al encontrarme al fin devuelto gradualmente a mí mismo y a lo que me rodeaba, no podía señalar el punto de separación entre las ficciones y las realidades; tanto concurría todo igualmente a hacerme querida la vida recogida y solitaria que llevaba en aquella hermosa morada”.





El “Elogio de la vida salvaje” nos descubre a un Thoreau pendiente y dependiente de la naturaleza. El pensador norteamericano se definió a sí mismo como un filósofo de la naturaleza, como un místico que basaba la experiencia de la vida en la inspiración que le proporcionaba la naturaleza. En *Walden* encontramos la búsqueda de los elementos que llevan a una “vida con principios”, una vida comprendida desde lo que la soledad y la naturaleza, con las que compartió los años transcurridos en la cabaña afincada a orillas de la laguna de Walden, tenían que aportar. Se trata de la comprensión rousseauiana del sí mismo a través de la experiencia de la naturaleza, de lo natural, de la fuente perenne de vida.

Thoreau se identifica con la naturaleza; en Walden comprendió el parentesco que le unía a todo lo que le rodeaba. La soledad constituyó para él una oportunidad única de conocerse a sí mismo; “nunca he encontrado –afirma– un compañero tan sociable como la soledad”¹⁹. La naturaleza con mayúsculas suponía entonces una dulce compañía, mejor que la de los propios hombres.

Thoreau no duda en afirmar que en su cabaña jamás se sintió solo, salvo en una ocasión; en medio de la efímera tormenta que le invitaba a abandonarse a sí mismo y marchar de nuevo a la ciudad, la naturaleza se reveló como el punto generador de la compañía más absoluta, la compañía imperecedera y ausente de todo interés, de todo vínculo que carezca de un valor en sí mismo. La naturaleza “volvió insignificantes las ventajas imaginadas de la vecindad humana”²⁰ y el escritor jamás volvió a sentir la necesidad de recibir el auxilio de sus semejantes.

En las *Ensoñaciones* Rousseau reitera el deleite que le produce el contacto con la naturaleza; en ella se ve a sí mismo liberado de lo que le acucia, se ve a sí mismo como es, encuentra a un “yo” que permanece ausente cuando el murmullo de la sociedad le impide alcanzar la paz que le proporciona la naturaleza. Encontramos en *Walden* una afirmación similar a la que aparece en las *Ensoñaciones* en un pasaje en que Rousseau expresa sus sentimientos hacia la naturaleza en su totalidad: “todos los elementos [naturales] resultan insólitamente agradables”²¹. Thoreau encuentra en esa “morada común” que es la naturaleza el único camino para no “practicar la resignación”²². Los bosques, como él asevera, representaban la voluntad de encontrar los hechos esenciales de la vida.

“Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente, enfrentarme sólo a los hechos esenciales de la vida y ver si podía aprender lo que la vida tenía que enseñar, y para no descubrir, cuando tuviera que morir, que no había vivido. No quería vivir lo que no fuera la vida”²³.

Los bosques, la soledad, la naturaleza, son el camino inexistente en la vida social, vertebradora perniciosa de la vida en todas sus dimensiones. La sociedad vela, por así decir, todas aquellas dimensiones vitales que Thoreau quería descubrir; tratar de dar con aquello oculto tras la bruma espesa y cegadora es la única vía que puede salvar de la resignación de la vida para consigo misma. La resignación equivale a renunciar a los hechos vitales, a renunciar a topar con ellos; los hechos vitales se corresponden con el descubrimiento mismo de aquellos lugares inexplorados. La sociedad aboca a la vida a una condena; al ser la vida social parte de la *totalidad vital* o totalidad de la vida, ésta se condena a sí misma, aunque lo haga desde una de sus diminutos puntos de orientación.

¹⁹ *Walden*, 180.

²⁰ *Ibíd.*, 176.

²¹ *Ibíd.*, 176.

²² Thoreau afirma: “La mayoría de los hombres lleva vidas de tranquila desesperación. Lo que se llama resignación es desesperación confirmada”, *Ibíd.*, 65.

²³ *Ibíd.*, 138.

En tanto que es la vida misma la que toma las decisiones que le afectan directamente, Thoreau trata de mantener despiertas aquellas posibilidades que la bruma social impide ver.

“La mañana llega cuando estoy despierto y hay un amanecer en mí. La reforma moral es el esfuerzo para quitarnos el sueño de encima. [...] Debemos aprender a despertarnos de nuevo y mantenernos despiertos, no con ayuda mecánica, sino por la infinita expectación del amanecer, que no nos abandona ni en el sueño más profundo”²⁴.

Como señalamos en la Introducción, Thoreau alude al comienzo de *Walden* a esta reforma moral, tras haber indicado qué encontraría el lector entre sus páginas: “Ahora [después de haber vivido dos años y dos meses en Walden] soy de nuevo un residente en la vida civilizada”. Comprender la naturaleza para comprender la vida en su totalidad conllevaba encontrar en ella más de todo cuanto podía descubrirle la vida civilizada. Y para ello había de dar un giro a situación vital; debía dejar de estar aislado en el mar de la sociedad para trasvasarse a sí mismo, como agua que aquél contenía, al mar de la soledad. En realidad la soledad no era como el vasto mar de la sociedad, sino como la pequeña laguna de Walden. Thoreau habla del “gran océano de la soledad”²⁵ para referirse precisamente a la antagónica situación vital que representa: la soledad que brindaba la laguna abarca más que todo el agua del océano social²⁶.

Se trata de vivir *con* la naturaleza, formar parte de ella sin dejar de ser civilizado; aprender a relacionarse con ella sin concebirla como una fuente de beneficio económico. La tala de árboles podía llevarse a cabo porque éstos eran transportables; el mercado capitalista norteamericano no comenzó a demandar, sin embargo, lagunas como las de Walden, por la sencilla razón de que no había modo de tomarlas y llevarlas a otro lugar. “La naturaleza no tiene un habitante humano que le aprecie”²⁷ como es realmente, no hay un hombre civilizado capaz de ver en la naturaleza un carácter más transparente, más sutil y sublime que el suyo propio. Para verlo sería necesario salir de sí, salir de los pobres principios que gobiernan su vida, liberarla y sumirla en las profundidades de la laguna o en la espesura del bosque. Thoreau hace uso del concepto de armonía, al que también acude Rousseau, para describir la relación entre animales y plantas, concluyendo: “¿Qué joven o muchacha conspira con la belleza salvaje y exuberante de la naturaleza? La naturaleza florece solitaria, lejos de las ciudades donde ellos residen. ¡Habláis del cielo! Vosotros quitáis la gracia de la tierra”²⁸. La fundición absoluta del hombre con el hábitat natural, un lema que podría haber hecho suyo el movimiento ecologista, es enaltecida entre las páginas de *Walden* en que Thoreau describe su “intimidad con la naturaleza”²⁹.

Al igual que vemos a hacer a Rousseau en las *Ensoñaciones*, Thoreau describe en *Walden*, en distintos y extensos pasajes, los diferentes componentes que le han acercado a una comprensión más íntima de la naturaleza. Uno de ellos es, claro, la laguna de Walden³⁰, en la que ve a un ser con vida propia, una vida eterna, “perennemente joven”³¹, que permanece como un espejo que refleja el cambio de los hombres, el cambio del propio Thoreau quien,

24 *Ibíd.*, 137. Las últimas líneas de *Walden* rezan: “(...) ése es el carácter de la mañana que el mero paso del tiempo no puede hacer que amanezca. La luz que deslumbra nuestros ojos es oscuridad para nosotros. Sólo amanece el día para el que estamos despiertos. Queda más día por amanecer”, *Ibíd.*, 356.

25 *Ibíd.*, 187.

26 Thoreau halló verdaderamente la vida con principios que fue a buscar a Walden. Prueba de ello es su actitud vital una vez de vuelta a la sociedad civil.

27 *Ibíd.*, 238.

28 *Ibíd.*

29 *Ibíd.*, 247.

30 *Cf.*, en concreto, del capítulo dedicado a “Las lagunas”, las páginas 227-232.

31 *Ibíd.*, 231.



desde edad temprana, había comenzado a visitarla. Al tiempo es un espejo de la propia naturaleza, de la que esta laguna forma una parte esencial:

“Walden es un perfecto espejo del bosque, rodeado de piedras tan preciosas para mis ojos como si fueran escasas o raras. No hay nada tan hermoso, tan puro y, al mismo tiempo, tan grande como un lago en la superficie de la tierra. Agua de cielo. [...] Es un espejo que ninguna piedra podrá romper, cuyo azogue no se gasta nunca y cuyo dorado repara continuamente la naturaleza”³².

El bosque que refleja la laguna es también una de las grandes inspiraciones de Thoreau. En el breve capítulo dedicado a “La ciudad” el pensador norteamericano relata cómo dos de sus visitantes, al volver a su morada cuando ya había oscurecido, se perdieron en el bosque, pasando toda la noche tratando de buscar una salida que por el día habrían encontrado sin dificultad. Perderse alguna vez en los bosques “es una experiencia tan sorprendente y saludable como valiosa”³³. Thoreau ve en la experiencia de la pérdida física de uno mismo el reconocimiento de una dimensión inexplorada, que surge turbando la fijeza de lo establecido socialmente mediante las costumbres. Cualquier paseo por el bosque a la luz del día y, en el caso concreto de alguien que lo conociera de antemano, habría resultado infructuoso para el propósito al que aquí se apunta. Se trata de la extrañeza que sentimos cuando la naturaleza se abre paso *en* nosotros. La absoluta pérdida entre las múltiples sendas del bosque y el abandono de la orientación ya adquirida, no producen una confusión en balde. Encontramos una parte de nosotros mismos cuando percibimos como otra desaparece de forma súbita. “Hasta que no estemos perdidos por completo o demos la vuelta [...] no apreciaremos la vastedad y extrañeza de la naturaleza”³⁴.

El cúmulo de sensaciones que tienen origen en una circunstancia como la de aquellos visitantes sumidos en la perplejidad, quiebra los límites determinados por las pequeñas y constantes intromisiones que la vida civilizada ha ido introduciendo en la vida en sí misma, tomando el papel principal. La profundidad del sentimiento de pérdida en el mundo, aunque haya sido producido en un tramo del bosque de apenas una milla de extensión, lleva ineludiblemente a una reorientación; salir del bosque en medio de la oscuridad requiere abrirse paso por zonas desconocidas a la luz del día. El camino diurno rutinario se viene abajo. La situación de desconcierto que genera la pérdida en el bosque derrumba en cada individuo particular lo que es menester para comenzar a encontrarse a sí mismo. Este encuentro con un yo más auténtico produce (y no a la inversa) que comencemos a reconocer al bosque mismo, que comencemos a notar nuestra presencia dentro del mismo y la vasta variedad de objetos que lo componen.

“Hasta que no nos perdamos o, en otras palabras, hasta que no perdamos el mundo, no empezaremos a encontrarnos a nosotros mismos y a advertir dónde estamos y la infinita extensión de nuestras relaciones”³⁵.

La experiencia de encuentro con nosotros mismos implica el sentimiento de la angustia correlacionado con la pérdida de orientación en el mundo, la pérdida de *nuestro* particular mundo, la “pérdida del mundo”, tal experiencia, digo, está asociada en Thoreau, precisamente, a la restitución de la vida humana que es turbada por determinados modos sociales de vivir. Thoreau no rechaza la vida social como tal, sino aquella que es incompatible con los

32 Ibid., 227.

33 Ibid., 211.

34 Ibid.

35 Ibid.



principios básicos de la vida misma³⁶. En este sentido hemos de comprender uno de sus célebres ensayos sobre la *Desobediencia civil*³⁷. Esta desobediencia se ejerce hacia aquellas formas de vida social contradictorias en relación con la vida que se descubre en la oscuridad del bosque; la pérdida dirige al individuo hacia un desprendimiento y, en el caso concreto de la sociedad norteamericana de mediados del siglo XIX, de lo que la “desesperada” sociedad hacía con el individuo. “Preferiría que la sociedad se volviera «loca» contra mí, pues ella era la parte desesperada”³⁸. El propósito de Thoreau al ir a los bosques no era sino el de recobrase de “desesperada sociedad” y llegar a las raíces mismas de la vida. La naturaleza era para él el espejo que proyectaba la imagen más bella, la imagen del encuentro del hombre consigo mismo.

3. CONCLUSIONES. SOBRE LA PRESENCIA DEL BINOMIO NATURALEZA-VIDA EN ROUSSEAU Y THOREAU

Hemos visto cómo en Rousseau y Thoreau tanto la idea de naturaleza como la vinculación que trazan entre ella y su visión de la vida en sociedad, constituyen dos puntos de una misma línea que recorre dos experiencias de soledad sin precedentes en cuanto a su valor literario. El carácter filosófico de la reflexión que ambos pensadores entablan sobre el papel de la naturaleza en la existencia del hombre es en las *Ensoñaciones* y en *Walden* tan similar como su acercamiento original a la soledad. En sus respectivas narraciones se plasma cómo el aislamiento respecto a lo que en la vida civilizada produce serios perjuicios contra el “sí mismo” (Rousseau) y contra los “principios superiores” (Thoreau) constituye un camino de restauración. En el caso del pensador ginebrino, esta restauración es solo una escapatoria que aspira a ser eterna, a permanecer hasta el final de sus días, pero que se sabe asediada por el abismo social; esto es, en Rousseau no hay un camino de ida y vuelta, no hay un experimento con el que rehacer la existencia social, porque ésta, desde su raíz, se halla en la ciénaga de lo *contra natura*. En Thoreau, sin embargo, el camino se recorre hasta el final no para alcanzar en último lugar la dulce ensoñación rousseauiana, el estado en que la naturaleza es el único recurso para contener el sosiego y yugo social, sino más bien para ser de nuevo, gracias a ese camino, un residente en la vida civilizada. Sin embargo, la idea de naturaleza que hemos analizado en uno y otro pensador juega un papel similar en su concepción de la soledad del individuo. El cobijo de la soledad, en su estadio más elevado, es el cobijo de la naturaleza. Hemos visto, pues, cómo a través del análisis de esta última idea es posible trazar una línea directa entre la concepción de la sociedad y la soledad presente en ambas obras.

Tanto Rousseau como Thoreau experimentaron la soledad como una vía opuesta a la convivencia social. La naturaleza se contempla como el lugar al que el hombre se vuelve, en soledad, para encontrar sus principios vitales. Podemos hablar en este punto de la existencia de una profunda continuidad entre los dos autores.

Rousseau concibió la soledad como el estado en que él mismo, aislado gracias a la naturaleza, podía resarcirse de todos los males que le acuciaban en sociedad. Su visión de la naturaleza era ante todo ideal, como un objeto sublime, susceptible de ser descrito. Su utilización para fines sociales como la medicina y la farmacéutica corrompía lo que, tomada de forma desinteresada, tenía que ofrecer al hombre expulsado de la sociedad civil, al hombre cuya

36 Cf. respecto a esto último la concepción que el dramaturgo y político V. Havel sostiene sobre los “instintos de la vida” en su obra *El poder de los sin poder* (Madrid, Encuentro, 1986).

37 H. D. THOREAU: «Desobediencia civil», en *Desobediencia civil. Historia y antología de un concepto* (ed. A. Lastra), Madrid, Tecnos, 2012, pp. 151-176.

38 *Walden*, 212.





desesperación hubiera llevado al aislamiento y al hombre que, voluntariamente, hubiera decidido encontrarse a sí mismo, libre de la superficialidad social.

Thoreau vio en la naturaleza un hábitat superior al civil, por cuanto todo individuo que fuera a vivir a los bosques habría encontrado una fuente de renovación de su autocomprensión en el mundo social. Una vez derribados todos los perniciosos prejuicios que la sociedad haya ido asentando en el individuo que, deliberada o fortuitamente, comienza a conocer los hechos vitales, las barreras sociales dejan de ser tales y la vida social se comprende sin este tipo de límites que coartan a la vida misma. Conocer nuestra verdadera situación en el mundo, o al menos abarcar todas nuestras posibilidades de conseguirlo, implica un encuentro de nuestro auténtico yo con la naturaleza.

Las *Ensoñaciones* cobran con *Walden* todo el crédito y valor filosófico que Rousseau había dejado entre sus páginas³⁹.

³⁹ Presentamos una versión de este trabajo en el *Congreso Internacional III Centenario Rousseau*, Universidad de Murcia, 17, 18 y 19 de octubre de 2012.